

# CENSURA CON ENCANTO

Miguel Andrés Castaño

Ahora, con los recuerdos macerados en el adobo del tiempo, añoro aquella época en la que trabajaba con los censores. Yo era uno de los dos privilegiados que proyectaba películas a los que decidían qué fotogramas cercenar y cuáles salvar de la tijera.

Aquel empleo me otorgaba un truco casi infalible para ligar con las mujeres que más me gustaban.

- ¿Quieres venir a ver Casablanca sin cortes?

Y caían como moscas (un Bogart con un pasado “rojo” ponía a muchos de mis ligues a cien).

Evidentemente, no era el único que utilizaba esa estrategia facinerosa. Un censor de mirada filibustera y pelo estropajoso me imitaba (eso sí, ignorando mis andanzas).

- Te voy a enseñar un traje de la Sarita Montiel que quiero que consigas para nuestra próxima cita –farfullaba con su voz catedrática-. Yo fui el que decidió pintar una puntilla encima del celuloide.

Atesoro en las catacumbas de mi memoria imágenes de Paco –el otro operador- apostando conmigo acerca de las secuencias que suprimirían.

-Esta de López Vázquez vestido de maruja va a quedarse en las rasas –apunté una tarde de cielo plomizo.

- Van quince duros a que casi ni la tocan.

Aquella vez ganó él, aunque creo que tenía información privilegiada (era sobrino de uno de los gerifaltes del asunto). En otras ocasiones, fui yo el vencedor de nuestros juegos pecuniarios.

Quizás el día que mejor me lo pasé fue aquel en el que todo el rosario de censores vino borracho a la sala, después de un almuerzo con unas señoritas de dudosa reputación. Aquel día tocaba trabajar con la película Mogambo.

- Essss un pecadooo muuuu gordo –balbució Don Fermín, con la voz profanada de orujo-. Aquí hay unnnn adulterio eviidenntte.

- Puessss digamosss que son hermanosss.

- Pero si eso es incesto –replicó el más joven de ellos, a la par que el más sereno.

Creo que olvidaron aquella desfachatez hasta que el largometraje ya estuvo en los cines. Entonces ya eran prisioneros de esa borrachera.

Como ya he dicho, fue la época más hermosa de mi vida. No sé si es porque aquel empleo tenía su encanto o, simplemente, porque yo era joven.